HÉROE

Excelsior, 28 de febrero de 1931, núm. 892[141].

¿Héroes? ¡Bah! El heroísmo es una enfermedad[142]. En circunstancias normales, todos los hombres somos iguales, hechos como estamos todos de la misma arcilla. Pero viene la exaltación, la borrachera espiritual en que naufragan las facultades normales y del hombre ordinario, atado a la vida por leyes seculares, surge el otro, el héroe. El heroísmo es sólo eso: un desplazamiento de seres, que anula toda noción de normalidad y crea una nueva personalidad monstruosa, divorciada de todas las leyes naturales. ¡El peligro, el dolor, la muerte!... Un hombre normal huye de ellos, los evita, los soslaya; pero el héroe los busca, los corteja, los crea inclusive. Los médicos tienen para eso un nombre; los psiquiatras, otro...

Vuelvo a afirmarlo: el heroísmo es una enfermedad...

Y, sin embargo, yo, un hombre perfectamente normal, que ha dado siempre a la vida su sentido más amplio —gozador, me llaman mis amigos— yo he sido héroe una vez. Y sabedlo bien: héroe normal, es decir, con plena noción de lo que hacía, serenamente, fríamente, casi diría impersonalmente como quien, desdoblado hubiese podido contemplarse a sí mismo como contemplaría a un tercero. Mi heroísmo no fue, sin embargo, espectacular. De hecho, fue un heroísmo silencioso, discreto, de alma para adentro que no tuvo, como los heroísmos al uso, la recompensa de la trompetería vocinglera. Sospecho que sólo Dios pudo ser de mi heroísmo testigo.

Oídme, si no.

Yo he sido toda mi vida un sentimental. Mejor, un sensitivo.

---

[141] Agradecemos a José María Fons su ayuda para localizar este relato y los siguientes. El texto ha sido transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Rizal de la Universidad Ateneo de Manila, que carece de paginación. También se hallan ejemplares en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

[142] Este relato se puede comparar con “Ojos azules” y “Mi mayor heroísmo”.

"HEROE"

POR

ENRIQUE K. LAYGO

¿Héroes? ¡Bah! El heroismo es una enfermedad. En circunstancias normales, todos los hombres somos iguales, hechos como estamos todos de la misma arcilla. Pero viene la exaltación, la borrachera espiritual en que naufragan las facultades normales y del hombre ordinario, atado a la vida por leyes seculares, surge el otro, el héroe. El heroismo es solo eso: un desplazamiento de seres, que anula toda noción de normalidad y crea una nueva personalidad monstruosa, divorciada de todas las leyes naturales. ¡El peligro, el dolor, la muerte!... Un hombre normal huye de ellos, los evita, los soslaya; pero el héroe los busca, los corteja, los crea inclusive. Los médicos tienen para eso un nombre; los psiquiatras, otro...

Vuelvo a afirmarlo: el heroismo es una enfermedad...

Y, sin embargo, yo, un hombre perfectamente normal, que ha dado siempre a la vida su sentido más amplio—gozador, me llaman mis amigos—yo he sido héroe una vez. Y sabedlo bien: héroe normal es decir, con plena noción de lo que hacía, serenamente, fríamente, casi diría impersonalmente como quien, desdoblado, hubiese podido contemplarse a sí mismo como contemplaría a un tercero. Mi heroismo no fué, sin embargo, espectacular. De hecho, fué un heroismo silencioso, discreto, de alma para adentro que no tuvo, como los heroismos al uso, la recompensa de la trompetería vocinglera. Sospecho que solo Dios pudo ser de mi heroismo testigo.

Oidme, si no.

Yo he sido toda mi vida un sentimental. Mejor, un sensitivo. Notad la diferencia: un sentimental—casi un enfermo, también—es un señor de alma afeminada, que se contenta con la belleza de la emoción pura. Un sentimental es casi un místico, solo que es más amplio, más comprensivo. Pero los dos tienen de común un odio fervoroso a las cosas materiales, un desdeñoso alejamiento de las necesidades del cuerpo. Para un sentimental, el alma es todo. Un emotivo, en cambio, es solo una cuerda tensa, que vibra al contacto—uso el vocablo en su sentido gráfico—con todas las sensaciones. Pero un hombre emotivo no es esencialmente un hombre espiritual. Yo, por ejemplo, que me confieso emotivo, soy la negación de la espiritualidad. Creo en el alma; pero me interesa más el cuerpo, porque es más tangible, más actual. Soy lo que se llama un materialista. Y no hay en lo dicho contradicción, como se verá por el siguiente ejemplo: me enamoro de una mujer bonita, a las primeras de cambio, bien porque es sencillamente bonita, bien porque me encanta su palabra, bien porque a través del breve conocimiento, he adivinado un alma superior. Es decir, la cuerda tensa que soy yo ha vibrado inmediatamente al contacto con su belleza, física o moral. Un gesto suyo, una leve sonrisa, la más tenue sospecha de que ella podría quererme, me ena-

Reproducción del original publicado en la revista *Excelsior*, 28 de febrero de 1931, del ejemplar existente en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

Notad la diferencia: un sentimental —casi un enfermo, también— es un señor de alma afeminada, que se contenta con la belleza de la emoción pura. Un sentimental es casi un místico, sólo que es más amplio, más comprensivo. Pero los dos tienen de común un odio fervoroso a las cosas materiales, un desdeñoso alejamiento de las necesidades del cuerpo. Para un sentimental, el alma es todo. Un emotivo, en cambio, es sólo una cuerda tensa, que vibra al contacto —uso el vocablo en su sentido gráfico— con todas las sensaciones. Pero un hombre emotivo no es esencialmente un hombre espiritual. Yo, por ejemplo, que me confieso emotivo, soy la negación de la espiritualidad. Creo en el alma; pero me interesa más el cuerpo, porque es más tangible, más actual. Soy lo que se llama un materialista. Y no hay en lo dicho contradicción, como se verá por el siguiente ejemplo: me enamoro de una mujer bonita, a las primeras de cambio, bien porque es sencillamente bonita, bien porque me encanta su palabra, bien porque a través del breve conocimiento he adivinado un alma superior. Es decir, la cuerda tensa que soy yo ha vibrado inmediatamente al contacto con su belleza, física o moral. Un gesto suyo, una leve sonrisa, la más tenue sospecha de que ella podría quererme, me enajena y me trasporta. Estoy en ese momento de diafanidad espiritual en que cualquier cosa le hace a uno feliz. El peso de mis años —tengo ya mis treinta— se aligera y en una retrogresión deliciosa, vuelvo a asumir el optimismo fácil de los diecisiete años. Soy, en breves palabras, un sentimental hasta ese trance. Pero luego, la contemplación de la belleza femenina se hace más concreta, más analítica, más de alma para fuera —no sé si me hago comprender— y el sentimental se sonríe maliciosamente. Ya está la Tentación; ya está la sabrosa Tentación…

Y yo, por lo general, no huyo de ella.

Pero una vez lo hice: huí. Y ese es el heroísmo que voy a contar.

***

En uno de los cines más populares, se exhibía una película de Ramón Novarro, y estaba el foyer atestado de gente. Ya se sabe que Novarro es el héroe cinematográfico por excelencia: simpático, fino, decidor y valiente. Se trae locas a todas las muchachas. Es un don Juan moderno y cosmopolita, aunque a mi ver —¡siempre materialista!— perfectamente inútil. ¡Por qué eso de estar encadenado a la cortina blanca mientras suspiran de amor en las butacas las muchachas…! Bien: la verdad es que están locas por él. Más de una vez, me he estado plantado horas y horas en el foyer de cualquier cine nada más que para ver cómo se magullan estas pobres *girls* —escapadas a lo mejor de sus clases— luchando a brazo partido con hombres recios por adquirir su boleto de entrada. Así la conocí a ella: metida, casi aplastada contra una muralla masculina…

Yo conservo algo del espíritu antiguo de la galantería. Me indignó que no le dejaran paso, que ninguno se ofreciera a sacar el boleto por ella. Y lo que no hizo nadie, lo hice yo. Por cierto que por poco me cuesta un disgusto porque un señor, con un tipo de bruto, me pisó y estuvo en un tris que no lo tundiera de un puñetazo. Lo salvó… el ser bruto porque, con cierta vergüenza íntima confieso, si hube de desistir fue por miedo a que me devolviese la puñada. Pero conseguí lo que quería y saqué el boleto que, muy galantemente, ofrecí a la bella desconocida. Me olvidaba de decirlo: era bella. De una belleza un poco ambigua, de mujer apenas mujer, con las gracias en vago esbozo todavía. Pero tenía una belleza real, camino de la plenitud, levemente picante gracias a un perpetuo mohín picaresco de los labios bermejos. Y me olvidaba también de decir que aunque había visto ya la película el día anterior, había comprado dos boletos: uno para ella y otro, para mí. Por si acaso…

Me encantan estas muchachas modernas. La desconocida aceptó el boleto, como una cosa natural. Sin vanos alardes de hipocresía, pero sin descaro al mismo tiempo. Además, hizo una cosa inesperada: me dio las gracias…

Extremé entonces mi galantería y le ofrecí el otro boleto, para su

compañero o compañera o lo que fuese. Comprenderéis mi extrañeza —y mi alegría, ¡oh encantadora Tentación!— cuando me contestó:

—Vengo sola…

—¿Sola?

—Sí, sola…

Sola, sola. Así, escuetamente, definitivamente. Poneos en mi lugar, vosotros los que alguna vez habéis sentido el cosquilleo de la Aventura inesperada e imprevista. ¿Podríais extrañaros de que mi imaginación empezase a dar tumbos y cabriolas como una loca? ¡Qué ocasión! ¡Qué oportunidad! Primero el cine; luego, la invitación solapada e insinuante de un helado; luego, con el pretexto del calor, un breve paseo en automóvil, luego… ¡El ovillo clásico, desmadejándose de una punta a fuerza de ilusión!

Claro que el inicio fue la oferta de acompañarla dentro. Igual que la del boleto, la aceptó sin hipocresía. Pero tampoco con descaro. Entramos; conseguimos, por un milagro, dos asientos contiguos…

¿Cómo he de describir el resto? ¿Cómo he de pintar aquellas dos horas intensas, brevísimas, según la medida del tiempo, pero de una trascendencia capital para mi modo de ser y de pensar? Hablad de la transformación lenta; de la evolución biológica y psicológica, a pasos escalonados. Mantengo que un cambio total, definitivo, de un ser no necesita de largo proceso; basta un momento fugaz para ese milagro.

Lo sé, lo he comprobado en mí mismo durante aquellas dos horas. Las empecé sintiéndome tal como era: un poco cínico, un poco fresco —¡ea! hay que usar los vocablos verdaderos— y las terminé, huyendo de la desconocida cuyo nombre no quise averiguar, huyendo de mí mismo, de mi antiguo modo de ser.

Porque la estupenda verdad, increíble, es que aquella muchacha, que iba sola, que aceptaba un boleto de entrada de un desconocido, que se dejaba acompañar sin protesta, no era lo que habréis pensado ya: una muchacha vivida o viva, a pesar de sus contados años. Y no lo era, no, vive Dios. Lo declaro yo, yo que puedo hablar de esas cosas,

porque soy analítico; porque soy observador y porque tengo treinta años. Aquella muchacha no era más que una ingenua, enamorada de una sombra en la pantalla…

—¡Qué guapo! ¡Qué simpático! ¡Qué mono!

He ahí todos sus comentarios sobre la película. Pero estas palabras adquirían en sus labios un sentido sin sentido, desprovistas de procacidad preñada de sensualidad que, dichas con cierta entonación, tendrían en otros labios. Me fijé en sus ojos: brillaban, pero con un brillo *sui generis*, sin esos puntitos de luz que delatan el deseo contenido. Mas bien brillaban con una luz de ilusión —no sé si me hago comprender otra vez— con una luz de ensoñación, levemente opaca, como diluida en cendales. Una luz interior, una luz de alma. Comprendí todo, en un instante. Era una de esas infinitas muchachas que sienten el primer atisbo sentimental y, sin comprenderse, sin explicarse porque, se vuelven enteras en la adoración abstracta de una sombra. Aquella mujer que no era mujer todavía empezaba a ser mujer. A su manera, buscaba la Quimera; sin miedo, sin vacilación, porque tenía la ingenuidad de la inocencia.

Y ¿mi heroísmo? ¿Dónde está mi heroísmo?

Veréis. Repito que he vivido bastante, que tengo mis canas y mis treinta años. Por lo mismo, sé que estas muchachitas ingenuas, dulcemente ingenuas, lo son hasta que tropiezan con el hombre que les ha de abrir los ojos, al bien o al mal. Y aquella bella desconocida —tan dulcemente ingenua— en mis manos hubiese tenido la flexibilidad de una cera. ¡Y no quise aprovecharme!

Huí, aprovechando una distracción de mi compañera. Huí, sin averiguar siquiera cómo se llamaba, dónde vivía. Y juro que una vez fuera, bajo la gloria luminosa del sol, tuve una sensación de agilidad tal que hubiese podido, de haberlo querido, ¡llegar al cielo de un salto!...

Manila y febrero, 1931.